

¿Qué habrá sido de ella?*

Comprendéis, comprendéis, señor lo que significan estas palabras: "no tener ya adónde ir". ¡No! ¡Todavía no comprendéis esto!...

Crimen y castigo

Th. Dostoievsky

Se llamaba Ramona, como se llaman muchas de esas mujeres de pueblo que uno se encuentra a menudo en el camino — atareadas y humildes en el cumplimiento del deber cotidiano—, el cabello lacio recogido de cualquier modo, a prisa porque coge tarde, calzadas sin coquetería, por cubrirse los pies no más, con unos zapatos torcidos, la punta vuelta hacia arriba, en demanda de resignación a Dios. ¡Ramona, nombre bueno para un pedrón de la calle! A las madres en el pueblo no les queda tiempo de leer novelas ni de ser románticas, y dan a sus hijos el nombre del santo del día en que nacen, y rara vez ponen el magín a decidir entre una Julieta y una Roxana o un Marco Tulio y un Ronaldo. Su filosofía natural y recóndida les aconseja llamarlos con los nombres casi siempre duros, cándidos o bobalicones de los mártires, y aguantadores de vainas, que llenan el calendario. Lo más probable es que lleven una existencia semejante a la de esos bienaventurados, si bien nadie los canonizará, aunque al desenterrarlos encuentren que la muerte respetó más su cuerpo que lo que lo respetó la vida, y jamás su imagen rodeada de aureola aparecerá en altar alguno.

Así pues, esta criatura se llamaba Ramona y era una de las tantas sombras heroicas que pasan por esta vida soportando casi en silencio el peso de la Santa Pobreza, vieja doncella enjuta e hipócrita con huesos y manto de plomo, que no se sabe cómo pudo hallar gracia ante los ojos de San Francisco de Asís.

* Publicado en 1959 con el nombre: "Ramona, la mujer de la brasa".

Llevaba ya quince años de casada y diez partos, lo cual la había convertido en un ser desvaído y escurrido. La maternidad se había encargado de exprimir de su cuerpo el encanto y la carne de su juventud, todo ello trasegado ahora en aquellos ocho cantarillos humanos, en sus ocho hijos, de trece años el mayor. Solo ánimo le iba quedando a la infeliz.

Madrugaba más que el alba para poder dar abasto con el trajín que diez cuerpos demandaban y cumplir con las ropas ajenas que lavaba y planchaba. ¡Cuántas noches no supo lo que era poner la cabeza en la almohada por estar arrollando cigarrillos de encargo o dándole a la plancha! Y esto, estuviera como estuviera, en ocasiones con las piernas tan hinchadas cual vástagos de plátano. Y no había más remedio, porque al pasmadote de su marido se le paseaba el alma por el cuerpo y no era capaz de salir adelante con semejante ejército.

Eso sí, él siempre dormía sus noches desde el toque de queda en los cuarteles hasta que el pito de la estación del Atlántico anunciaba la mañana.

Pero él no tomaba en cuenta esos sacrificios y si no podía trabajar como era debido en vista de los ocho picos siempre dispuestos a engullir, sí tenía fuerzas para insultarla a cada rato y hasta para maltratarla de hecho si así se le antojaba. Y sobre esto la suegra, ¡Santo Dios!, que no la podía ver ni pintada en la pared, porque creía que su hijo había descendido desde el trono del Altísimo al profundo abismo en donde Ramona había nacido, para casarse con ella. ¡A saber las malas mañas de que se había valido la tal por cual para engatusar a su muchacho! Siempre le estaba sacando los ojos con su otra nuera. Esa sí era toda una señora, de la misma clase de ellos, si no es que un poquito más elevada.

Y esta vida de trabajo y tormentos, añadida a cierta irritación nerviosa debido a sus muchos alumbramientos, había terminado por agitar su carácter. Le costaba ya hablar con dulzura a los niños: los amenazaba a gritos por naderías y sin motivo les sacudía el polvo. Los mayores le tomaron por ello cierta inquina, se declararon sus enemigos y cuando los castigaba, la amenazaban con irse a vivir

donde la abuela. Tiraban para allá porque era mujer de buen pasar. Allí nunca tenían hambre, y su tía, la nuera, señora a quien Dios no diera hijos, los mimaba. Esto ponía fuera de sí a Ramona.

¡Ay!, aquella vieja bandida y aquella otra inutilota con nueve años ya de casada sin saber lo que era echar un hijo al mundo. ¡Eso sí podía, jalarse los ajenos!

Cada hora de almuerzo y de comida era una borrasca: el hombre vociferaba, ella lloraba y el histerismo la convulsionaba, los pequeños gritaban y huían como pollitos perseguidos.

Él la había despedido muchas veces:

—Andá, vete; andá, vete de aquí. No hacés falta. Los chiquillos estarán mejor con mi mamá y con Lola que con vos. Aquí no hacés falta.

Por fin un día no pudo más.

—Sí, sí, valía más separarse. ¡Eso no era vida y el mal ejemplo para los chiquillos! ¡Que se los llevaran, que la dejaran sola! ¡Ella sabía trabajar, se concertaría!

Y se fue al solar a dar gritos, los niños la miraban con terror y ni Pedrillo, que era el más apegado, ni Juancito, el menor, que siempre andaba colgando de ella como un arete, quisieron acercársele y la contemplaban de lejos lo mismo que a una extraña.

Cuando se calmó volvió a la casa y encontró todo revuelto. El marido estaba cargando en un carretón lo más pesado: la mesa, el armario, las cuatro sillas, las camas de los niños, la cama de matrimonio. ¡La cama en donde nacieron sus diez hijos!

¡Dichosos los dos muertos! ¡De las que se habían librado! ¡Dichosos de ellos!

Las cosas menudas las llevaban los niños. Se asomó a la puerta a verlos partir. Ninguno le dijo adiós. Iban uno tras otro; parecía un caminito de hormigas: unos con los cuadros de los santos, otros con motetes en la cabeza. Hasta Juancito llevaba algo: el candelero de hojalata, con un cabo de candela todavía pegado. La candela que la noche anterior había alumbrado la última vigilia al lado de sus chacalincillos.

Caminaban despacio por la carga y porque Juan —de la mano de María, la mayor de las mujeres— no podía marchar aprisa.

La cabecita rojiza de Pedro iba al frente de la tropa y oscilaba semejante a una llama que fuera alumbrándoles el camino.

—¡Pedro, Pedrito! —gritó Ramona.

Pedro se detuvo y quiso volverse, pero Nicolás, el mayor, le metió un pellizco y el chiquillo emprendió carrera y desapareció.

—Nicolás, Nicolás —llamó la madre. El muchacho ni siquiera volvió la cabeza y cruzó con paso rápido la calle, porque ya le preocupaban las apariencias y no querían que la gente lo viera a la cabeza de la procesión de mocosos.

—¡Juancito! ¡Juancito! ¡Mi muchachito!

El chiquitillo comenzó a llorar con voz lastimera y no quería caminar, María lo llevó de rastras y hasta que cruzaron, Ramona entrevió la sucia carita vuelta hacia ella.

Con las manos en la cabeza entró. El marido salía con los últimos trebejos.

Le dijo irónico: —Te dejo lo que llevaste el día en que nos casamos.

La casa estaba vacía. Ella nada había llevado consigo el día que se casaron.

¡Era tan pobre! A no ser que su juventud y su frescura habían quedado enredadas en los abrojos del camino.

Anocheceía. Las piezas se llenaban de silencio y de sombra.

Ramona se metió en la cocina y se dejó caer en una piedra abandonada en un rincón. Lo único vivo en torno suyo era una brasa que había quedado entre las cenizas del hogar. Y la mirada de la pobre mujer se agarró ansiosa de aquella luz mortecina y su corazón se tendió, como un animal herido por el frío, hacia el pedacillo de calor que brillaba en la oscuridad.

En su cabeza giraba un torbellino. Ella era un árbol, el viento había desprendido todas sus hojas y estas danzaban vertiginosas en torno suyo. Los dientes castañeban.

¡Qué frío hacía, Señor mío Jesucristo!

En alguna parte, ¿dónde?, un desfile de cabezas infantiles...

Una tenía el cabello rojo y parecía un fogoncito. Esa era la que estaba allí cerca de ella, entre la ceniza.

En el silencio, ocho pares de piecitos golpeaban al caminar sobre el empedrado.

Pero el empedrado ¿no estaba dentro de ella, en el corazón?

La brasa acabó por extinguirse entre la ceniza.

1922